

Mariano Latorre

## Notas de la costa norte



O es la costa que se extiende desde Arica a Caldera la verdadera costa de nuestro país.

Los cerros de la cordillera del litoral, en la costa central de Chile, aunque ásperos y pobres, se visten a la llegada de la primavera de un tapiz de risueños verdores que salpica la policromía de miles de flores anónimas y hasta las rocas, hundidas en el mar, las decoran aceitosas y movibles trolas de cochayuyos o la masa verde de los luches o luchecillos, paraíso de corvinas y cachambas.

La costa norte fué poblada casi en su totalidad por chilenos, venidos de todas partes, especialmente de Atacama y Coquimbo.

Su entrada a la vida civilizada es la expansión natural de una raza fuerte y dominadora.

El precoz florecimiento de sus puertos principales, sobre todo Antofagasta, se debe al músculo del minero, desprejuiciado y audaz, a la resistencia bronceína del barretero y el desrripiador pampino y a la pupila de águila del cateador que recorrió las huellas del desierto y la cordillera y supo encontrar la riqueza, prendida a su pupila alucinada un retazo de espejismo, y en el corazón un temple de voluntad más rico que los mismos metales descubiertos.

Al servicio de capitales chilenos, primero y de extranjeros

más adelante, la potencia inagotable de nuestra raza creó la riqueza y atrajo hacia esas zonas el comercio del mundo, como las ciudades del sur, al derribar la selva secular, fueron hijas del hachero criollo, emigrado de Chillán, Llanquihue y Chiloé en busca de un trozo de tierra que la suerte le negó en su calidad de inquilino.

Un sucederse de cerros muertos, fantásticamente policromados de verde, rojo y azul, es la costa del norte hasta las cercanías de Coquimbo.

En vano un sol bruñido y siempre presente, moja las deshollejadas jorobas con las lloviznas de oro de sus rayos.

Salvo en los oasis del interior, Pica y Chiu-chiu, la tierra no responde al agobio fecundador de su luz.

Gris en las camanchacas matinales, de una rojez de greda quemada en la limpieza de los prolongados atardeceres, dormitan esos cerros, en cuya entraña se han cuajado los metales más ricos de la tierra sin que turbe su modorra el más mínimo signo de vida.

El vuelo blanco de gaviotas y garumas y el lento desfile de los alcatraces a lo largo de la costa, pone allí una nota de movimiento y el mar barnizado de sol, hirviente de peces, es más acogedor y menos hosco que ese muerto encadenamiento de ondulaciones, chorreadas de sal.

Sólo escasos ríos se han abierto camino desde las blancas cordilleras a través de la Pampa, hacia la costa. La mayoría de esos ríos, salvo el Loa, se los ha tragado el desierto.

Y quien dice ríos, dice fecundidad y vida.

Así Arica, en cuyos valles, Azapa y Lluta, verdea el maíz y maduran los chirimoyos y mangos en los clásicos andenes superpuestos que recuerdan, en pleno Chile, la sabia agricultura de los Incas.

En la quieta bahía que la isla del Alacrán protege de las zarpas del surazo, se alza el histórico morro, como la muralla de

un viejo castillo roquero, donde los pescadores changos varaban sus balsas de cuero de lobo en la colonia.

Corregimiento de Arica lo llamaron los españoles y durante la colonia una actividad inusitada animó la bahía—el puerto de Potosí—donde se embarcaron para España fabulosas cantidades de plata y de azogue.

En llamas bajaban las barras de plata desde el Altiplano. Quebrando sus flexibles cuerpos por los senderos, abiertos por ellas mismas en los flancos de los cerros, avanzaban las llamas, arriadas por el aimará silencioso que repetía, mascando su coca, la rumia de sus hermanas de cautiverio.

Allí esperaban los galeones, primero, y las corbetas y fragatas en tiempos posteriores, arriado el velamen y abiertas las escotillas y portalones para recibir el tesoro de las Indias.

A principios del siglo XVIII, el acarreo se hizo en mulas, de las cuales había ya en Chile un número considerable. Tan fructífero fué el negocio que todos los encomenderos chilenos se dedicaron a su crianza, escaseando en tal forma los caballos en todo el territorio, que el Gobernador Alonso García Ramón impuso fuertes penas a los que criasen mulas y aun ordenó, de acuerdo con la política doméstica de la colonia, castrar todos los asnos para que sus dueños no incurrieran en el delito penado.

La noticia de esa fabulosa riqueza, de esos buques cargados de plata de Potosí y mercurio de Guancavelica, atrajo a las cercanías de esa costa a los piratas ingleses y holandeses.

Pero Arica estaba artillado y los buques corsarios navegaban al paio en sus cercanías, observando las costa, para dejarse caer sobre ella o sobre los buques al menor descuido de los españoles.

A fines del siglo XVI, Drake cañoneó infructuosamente las fortalezas de Arica y John Watling, un siglo más tarde, con el mismo resultado.

La suerte fué menos esquiva con el marinero escocés Mac-

kay, que armó en corso un bote varado en la playa de Miramar, en 1817, el primer corsario chileno, simbólicamente llamado La Fortuna.

Llegó a Arica y tomó al abordaje la fragata Minerva, fondeada en la bahía, cuyas velas izó a vista y paciencia de los españoles para llevarla a Valparaíso y venderla al gobierno chileno, que la utilizó más tarde como transporte.

Heroica hazaña que debía repetirse en tierra, en 1880, en un día del tibio invierno nortino, cuando los soldados chilenos asaltaron el Morro, tenido por inexpugnable, en 55 minutos partiendo con sus corvos como si fueran vientres humanos, los sacos de arena que los defensores pusieron como trincheras.

Arica es chileno desde la guerra del Pacífico. Unido al Altiplano por un ferrocarril, disputa a Mollendo y Antofagasta la primacía comercial.

En sus muelles y malecones se acumula la riqueza minera y agrícola de Bolivia y junto a ellos deambulan esos hombrecillos de ojos oblicuos que parecen venir de una tierra misteriosa, con algo de ingrávido e inconsistente que recuerda el aire de la Puna y la escurridiza agilidad de las llamas y alpacas.

El muro de cerros se prolonga hacia el sur, veteado de azules chorreaduras o verdes patacones minerales, ocultando en su hosco perfil la gran riqueza de la región: el salitre.

Llano de ochocientos kilómetros cuadrados que se prolonga hasta el valle de Coquimbo, cuyo origen se pierde en las primeras edades del mundo y que según los geólogos, es el fondo de un mar sollevantado.

Hay en él la inmovilidad de la muerte y sólo entrega su valioso corazón al bárbaro puñetazo de la dinamita; sin embargo, en el caliche blanquecino palpita la vida. Basta comunicarle fuego para que la inerte masa se encienda y chirrie con vigorosa combustión. Basta esparcirla en la tierra para que ésta adquiera una fecundidad milagrosa.

Así, en su blanco letargo, la tierra cansada encuentra vitalidad y nuevas fuerzas para fecundarse.

La vida la abandonó para siempre, pues el cielo no se cuaja en lluvia sobre su pampa soñolienta y su monótona grisura sólo se tiñe de violentos rojos o de cárdenos fugaces, cuando el atardecer gotea su luz cansada sobre la perspectiva muerta del desierto.

Su hermano el mar se revuelve y resuena en las playas y sólo se une con él en el abrazo gris de las camanchacas.

Sin embargo, se cuenta que las garumas, esas gaviotas vestidas con un hábito carmelita, van a depositar sus huevos en la Pampa misma.

Allí nacen los amarillos polluelos que las madres vienen a alimentar desde la costa y esta curiosa costumbre, heredada por el pájaro costeño, hace pensar en el remoto origen marítimo del desierto.

Los puertos de Pisagua e Iquique, a más de Junín y Caleta Buena, han servido para que el salitre de Tarapacá salga hacia la costa, en mulas, primero; luego, en carretas y más adelante, en la moderna perfección de los rieles.

El viejo puerto de Pisagua se desparrama al pie de los cerros, impregnados de verdes cupríferos y rojas sales de fierro.

Un ferrocarril la une con las oficinas salitreras del Interior y con Iquique, situado treinta millas más al sur.

Durante la guerra del Pacífico, en las cercanías del puerto y al pie del monte San Francisco, que se alcanza a divisar desde el ferrocarril, el ejército chileno derrotó a los peruanos y bolivianos en la batalla de Dolores, después de haberse tomado audazmente las fortificaciones de Pisagua.

Tarapacá fué provincia chilena desde entonces y su dominio hizo posible, un año después, la toma de Tacna en el Campo de la Alianza que dividió a los aliados, alejándose los bolivianos al Altiplano y los peruanos hacia Arequipa.

Se abren los descarnados cerros costeños para dejar libre

una planicie arenosa, donde hoy está el puerto de Iquique, rincón de vieja americanidad, como lo indican las raíces quechuas de su nombre, *Dormida en el Camino*, tierra abrigada para pernoctar, que los primitivos ejércitos del Inca utilizaron en su marcha hacia la conquista de Chile, el país más hondo o más frío de la Tierra, según la palabra quechua de donde proviene.

Los changos que vivían en esas playas daban sin gran esfuerzo el producto de su pesca, porque en la quietud de sus caletas prosperaba el congrio colorado o la corvina de plata y en las rocas, mansamente besadas por el mar, los ostiones y los choros engordaban su jugosa carne y, en las quebradas húmedas, los camarones, bajo su dura coraza, ocultaban la blanca frescura de sus fibras, mezcla de tierra y de mar.

Sobre las olas, rizadas por vientos del sur y del trópico, pasaba el vuelo de los guanayes, los pájaros del guano, que dejaban las islas y el ágil cuerpo de la albacora rompía la corriente con la proa aguda de su espolón y la enérgica potencia de sus aletas.

Los mismos changos explotaron, más tarde, el guano de las islas para ir a venderlo a los pueblecitos que nacieron en la Pampa del Tamarugal, junto a una vertiente, como lo hicieron antes de los españoles, con las tribus del interior de Azapa y Lluta para cambiar el abono por maíz y por quinoa.

También la bahía de Iquique sirvió como Arica para embarcar la plata de Huantajaya.

De la riqueza de este mineral, especie de Chañarcillo de la Colonia, puede dar idea un fantástico trozo de plata de 363 kgs. de peso, enviado a España a mediados del siglo XVIII.

He aquí el verdadero origen de Iquique como puerto. La llegada de llamas y mulas cargadas de plata, motivó la residencia, más o menos fija, de empleados y obreros españoles o mestizos en la orilla del mar.

También el incansable Drake, el Draque o Dragón, como lo llamaban los españoles, en su afán de adaptar los nombres

extranjeros a su fonética (otra forma de su imperialismo), se acercó a la costa de Tarapacá en 1578 y según los datos de los cronistas, no pudo incautarse sino de un lingote de oro que le arrebató a un chango en las playas de Iquique. Pero el canónigo Fletcher, capellán del Pelicán, buque insignia de Drake, relata en su diario de a bordo, con humorísticas palabras, los despojos hechos en la costa de Tarapacá que suman algo más que un lingote de oro, encontrado casualmente.

«Allí desembarcamos, dice el canónigo, en busca de agua fresca, topamos con un español dormido, que había colocado junto a él trece barras de plata, cuyo valor sería de cuatro mil ducados españoles. Nosotros le libramos de su carga, que acaso lo habría tenido sobradamente despierto en otra parte. Así podía seguir durmiendo, con mucho mayor descanso y seguridad».

Y agrega en seguida:

«Encontramos, no lejos de aquel sitio, otro español con un muchacho indio. El joven arreaba por delante ocho ovejas peruanas (llamas), cada una de las cuales llevaba dos sacos de cuero con ochenta libras de plata cada una. No pudimos consentir aquello y ofrecimos, por lo tanto, al español nuestros servicios, con la sola condición de que emprendiese el camino hacia nuestro bote».

Lenguaje cínico, típico del hombre del siglo XVI, tanto anglo-sajón como español, en que el temor a Dios no excluye la rapiña, si el enemigo profesa religión diversa.

Exacta aplicación del refrán: «Ayúdate que Dios te ayudará», hecho por los corsarios y los conquistadores.

En la Independencia, Iquique no tiene casi figuración histórica.

Sólo en 1836 y como una aurora de la industria del salitre, se convierte Tarapacá en un nuevo escenario.

El virrey del Perú tuvo sobre el salitre, ya utilizado por los indígenas, un monopolio exclusivo.

Las concesiones salitrales fueron otorgadas a los jesuítas,

los verdaderos creadores de la industria en la América española.

Se decía, entonces, que la pólvora hecha con salitre de Chile era la mejor por su calidad explosiva.

En las Noticias Secretas de Jorge Juan y Ulloa se habla, incluso, de contrabandistas que burlaban la vigilancia de los funcionarios coloniales. Esos contrabandistas eran chilenos, antepasados de los pisqueros de Chuquicamata y de los huachuchos del mineral del Teniente.

Aparecen los primeros cateadores, avanzada de la energía conquistadora de la raza chilena en el desierto que, con su martillo incansable, van picando las piedras y la corteza blanca del salitre.

Y es un chileno, Pedro Gamboni, el que descubre el procedimiento para sacar el yodo de los residuos del salitre, que no enriqueció a su inventor sino a los capitalistas que llegaron más tarde.

En 1870, y en connivencia con el chango López, don José Santos Ossa, descubre en la provincia de Antofagasta el Salar del Carmen, rico yacimiento salitral que el gobierno de Bolivia cedió a los descubridores chilenos, pero imponiéndoles fuertes contribuciones.

Política agresiva entre un país sin sentido de progreso y el empuje de una raza nueva que fué incubando, poco a poco, la guerra del 79.

No es oportuno, en esta rápida ojeada sobre los puertos del Norte, hablar de las causas de la Guerra del Pacífico; pero hemos de agregar, sí, que el resultado favorable de la guerra para Chile, cuyos episodios fundamentales se produjeron en estas regiones, marcan el desarrollo prodigioso de la industria y de la civilización en el desierto.

En Iquique, el 21 de Mayo de 1879, se probó la energía indomable de los chilenos.

El «Times» calificó entonces el acto de heroísmo de Prat como «uno de los más gloriosos que jamás haya tenido lugar».



La Esmeralda, buque de principios del siglo, no puede luchar con un monitor moderno. Sus cañones, de mínimo calibre, resbalan sobre la coraza del Huáscar sin producirle daño alguno.

No queda sino rendirse o morir. Prat opta por esto último y cae, abierto el cráneo por un tiro de Comblain, al pie de la torre giratoria del monitor. La Covadonga, en cambio, navega hacia el sur, y en la caleta de Molle, cercana a Iquique, la astucia de Condell, convierte en derrota peruana lo que era victoria segura, al hacer naufragar a la Independencia, el acorazado peruano que la perseguía.

Casi en línea recta, la costa estéril continúa hasta Tocopilla, gris amontonamiento de casas en las faldas mismas de los cerros.

Tocopilla se convierte en un gran puerto salitrero cuando se descubren, después de la Guerra del Pacífico, los terrenos salitrales del Toco.

Los descubridores son chilenos hasta que el capital inglés adquiere las estacas para venderlas a la firma norteamericana Guggenheim Bros, único propietario hoy día de la región y árbitro de la industria chilena en el Norte.

La gran Oficina María Elena, cuya capacidad de producción sube casi a 700,000 toneladas al año, es una de las más importantes instalaciones salitreras de Tarapacá y de la Pampa.

Al sur de Tocopilla existió, antes de que Bolivia fuera una república independiente, el puerto de Cobija, hoy un montón de tétricas ruinas.

Y junto a los changos, siempre los primitivos habitantes de la costa, nació el puerto, al descubrirse en sus cercanías minerales de cobre.

Postas que subían los cerros en un camino de empinadas curvas, aun existente, unieron al viejo puerto colonial con Potosí y Oruro.

El mariscal Santa Cruz lo visitó con miras imperialistas en 1832.

Y en 1840 recalaron en su bahía el «Chile» y «El Perú», los primeros vapores que la Compañía Inglesa hizo navegar por la costa de la América del Sur.

Numerosos extranjeros, especialmente franceses, don Domingo Latrille y don Ramón Lemaitre, se dedicaron al comercio minero en la región.

Desde Cobija partieron entonces las excursiones a los grandes minerales y guaneras de la costa.

Cobija fué no sólo un establecimiento minero sino un balneario de lujo.

Desde el Altiplano, las familias ricas de Bolivia, venían en carretas a gozar del aire marino y de los productos del mar, rico en peces y mariscos.

Hace algunos años agonizaba, hoy está muerta del todo. Aun se ven las señales de las calles y en la baja mar surgen de la arena los torcidos fierros del que fué muelle de embarque.

Deshechos sus edificios, caídos sus muros, el desierto se ha apoderado del pueblo que intentó dominarlo y por un lógico contraste, es un cementerio lo único que se mantiene en pie en la muerta Cobija.

En las lápidas que aun existen, se leen los nombres de generales y políticos bolivianos. Se observa la suntuosidad de algunos monumentos y el montón de cruces caídas y los restos de ropas casi deshechas, tienen más punzante realidad que los esqueletos de las casas donde gime el viento del mar y de donde salen, con sus alas de sombra, los murciélagos, lúgubres habitantes de sus ruinas.

La costa interrumpe su invariable línea en la pequeña península de Mejillones, cuyos cabos son Angamos, célebre por la captura del Huáscar en 1879 y la Punta Tetas, ya en la bahía de Antofagasta.

No sólo es importante Mejillones por los choros que abun-

dan en su playa y por la toma del famoso monitor, sino por el descubrimiento del mineral de plata de Caracoles, poco antes de la Guerra del Pacífico que por esa bahía exportó a Europa las fabulosas riquezas de sus yacimientos argentíferos.

La verdadera capital del desierto, por el desarrollo prodigioso de la ciudad, hija exclusiva del esfuerzo chileno, es el puerto de Antofagasta.

Arica e Iquique y la muerta Cobija boliviana, existían antes de la Guerra del Pacífico.

Fueron puertos coloniales, mestizos, factorías a medio formar y con las características de campamentos de los pueblos fundados por los españoles.

Antofagasta, próspera y moderna, es un oasis civilizado en medio de cerros abruptos y colinas minerales. Es como el espejismo del cateador y del dinámico industrial que se unió a él.

Ingleses, yugoeslavos y norteamericanos vinieron después, cuando la población ya vivía rica y floreciente, preñada de porvenir.

Su capitales, sus máquinas y su esfuerzo no es posible negarlo, germinaron en el terreno, ya preparado por nuestra raza en tiempos anteriores, con la sangre de su cuerpo y la energía de su espíritu.

Caleta de la Chimba se la llamó en los primeros tiempos y, sin embargo, su soledad y su esperanza modelaron la extraordinaria figura de aquel chileno, Juan López, el chango López, su fundador, su primer habitante y su primer industrial, al descubrir las guaneras del Morro de Mejillones.

Había en López un inagotable espíritu de acción. De las mejores substancias de nuestra raza estaba formado. Fuerza física y entereza constituían sus características de luchador. La adversidad no lo amedrentó jamás. Así, al no encontrar ni guano ni minerales en la costa que va de Cobija a Antofagas-

ta, no titubeó en embarcarse para las guaneras del Perú a ganarse la vida.

Y además un soñador, enamorado del desierto, que ponía alas a su dinamismo siempre activo.

Hay un instante en que, vencido, se vuelve al sur. Pero inesperadamente la imaginación enciende de nuevo su voluntad dormida y Juan López se establece para siempre en la playa de Peña Blanca o Caleta de la Chimba.

Su ensueño se ha tornado realidad, de improviso. El cobre del Salar del Carmen descubre su escondido tesoro. Se instala en un rancho de carrizo en la playa misma. Cuatro burros de su propiedad, llevan el mineral hacia la costa y en un bote «El Halcón», así se llamaba simbólicamente, los embarca a las fundiciones de Cobija o del sur de Chile.

Más adelante se asocia con don José Santos Ossa, el fundador de la industria minera de Antofagasta, que aprendió mucho del chango López, maestro de mineros, primer habitante que fundó su edificio, como él dicta a un amigo al referirse a Antofagasta.

En don José Santos Ossa había, como en López, un hombre práctico unido a un visionario, aunque de superior calidad intelectual.

La aventura era su atmósfera habitual, su razón de vivir, pero poseía al mismo tiempo, el concreto sentido de la organización.

En lucha contra la puna y contra la sed logra, finalmente, dominar a esa bestia callada y trágica que es el desierto.

Así nace la Sociedad Explotadora, cuna de la industria chilena en Antofagasta.

Largas filas de carretas comienzan a llegar a la playa del chango López, repletos sus vientres del salitre de la Pampa. Las carpas de sacos parchados de los primeros habitantes se estabilizan en casas de madera y calamina.

Al salitre hay que agregar la plata de Caracoles que hace

nacer al puerto, llamado ya Antofagasta en 1870, de una palabra quechua que quiere decir *Pueblo del Salar Grande*.

En sus comienzos el pobre caserío de Antofagasta fué minero. Recuerda a San Francisco de California, la tierra del oro, por la calidad de sus primeros pobladores, mezcla de aventureros o bandidos y hombres de acción.

Así como el jinete y las diligencias, tiradas por varias parejas de caballos, fueron la típica nota de San Francisco, pintado por Bret Harte, la carreta de enormes ruedas, conducida por mulas y el carretero, audaz piloto del desierto, constituyeron la característica de los tiempos heroicos del puerto salitrero.

El roto enganchado en el sur no volvió ya a su tierra. Se transformó en un colonizador audaz, embriagado a veces por la cuantía de sus salarios que lo convirtió en un gran señor de cadena de oro y ojotas.

La atmósfera se prestaba para ello. Todo lo que había en potencia en su naturaleza elemental, apagada por el inquilinaje, sufrió en este ambiente, en desbordado impulso de vida, de irreflexión, de energía poderosa salida repentinamente de madre. Los gestos fanfarrones, desafiantes, típicos de su origen andaluz. Fajos de billetes echados sobre el mesón de la cantina. El corvo «pelado» al menor ademán agresivo. El barril de cerveza que se compra de antemano y que él bebe impertérrito en el dedal de su china, olvidado en el bolsillo de su chaqueta, como en la tragedia alcohólica, en un arranque impulsivo muerde el cartucho de dinamita que despedaza su cráneo en mil trozos sanguinolentos. Y como una evasión lógica de una raza fuerte, aparece el bandido. El Chichero, entre otros, humilde vendedor de chicha de *jora*, que en un momento dado se rebela contra el patrón y se echa al desierto, asalta los *retazos* de carretas, amarrando, como en California, a carreteros y pasajeros, a quienes roba alhajas y dinero. Y como el Chichero, muerto por la

policía en las cercanías de Chañaral, el Colorado y Bruno Guerra, célebres en las épocas heroicas de Antofagasta.

Cuando la etapa minera, base de la población, empieza a decaer, la salva de su ruina el salitre que despereza a la ciudad y la hace subir de golpe al máximo de importancia por su población y por la belleza de sus edificios.

Durante algunos años, fué la tercera ciudad de la República, disputando esta categoría a Concepción, la ciudad universitaria.

Los habitantes tuvieron por ella un cariño casi humano, algo así como una pasión morbosa.

Decoraron fastuosamente sus edificios con la prodigalidad del hombre que se enriquece de improviso. Crearon jardines y avenidas, formando terreno vegetal con tierra fértil del sur, donde había piedras y colinas esteparias.

Una muchedumbre febril deambulaba por sus calles y llenaba sus paseos y restoranes.

Hombres recién desembarcados de veleros y vapores de todo el mundo, tozudos alemanes, ágiles ingleses, franceses gesticuladores, yanquis de soberbia contextura y laboriosos yugoeslavos.

Y en los muelles pululantes, entre chirridos de grúas y silbatos de remolcadores, cobrizos rotos, al hombro sacos de salitre, trasladaban la riqueza del desierto a las insaciables bodegas de los barcos, prodigiosa población flotante en la que fué desierta bahía del chango López.

Los extranjeros, sobre todo los norteamericanos, invirtieron ingentes capitales, no sólo en la industria del salitre sino en minerales de cobre, como Chuquicamata, ciudad de hierro y electricidad, construída en pleno desierto de Atacama.

Y de improviso, la guerra europea.

El salitre, imprescindible materia prima, sobre todo en los explosivos, adquiere un auge fabuloso.

Antofagasta y toda la zona salitrera, ven llegar la riqueza

za, el fantasma de las alas de oro, como un espejismo del desierto, inasible un instante, que toma forma corpórea repentinamente.

Pero todo es ilusorio. Arriba la crisis como una parálisis repentina. Las grandes instalaciones de salitre sintético hacen competencia al salitre natural y esa prodigiosa actividad se apaga poco a poco. Empieza la agonía irremediable.

Dejarán de humear las chimeneas que animaban el desierto con la energía de la conquista humana. Sus fuegos, encendidos día y noche, se apagaron en las calderas centelleantes.

En largas filas abatidas, los obreros y sus familias emprendían el éxodo hacia los puertos. Grandes masas hambrientas, los cesantes, eran embarcados en las cubiertas de los buques para llevarlos a los albergues de Valparaíso y de Santiago.

En el desierto campamento de los pampinos quedaban los animales domésticos, gatos y perros, que volvieron, en medio del desierto, a la vida primitiva.

Muchos fueron ultimados a tiros por los guardianes de las Oficinas. Otros, los más fuertes, huían hacia la Pampa, siguiendo la acogedora suavidad de los caminos. Sus esqueletos iban marcando la fortaleza de cada uno de ellos.

Antofagasta se despobló rápidamente. Era como un desangre, no estancado, de su vitalidad.

Obscuro es su porvenir como el de todos los puertos del Norte.

Se tejen, en la desesperación, hipótesis halagadoras.

Quizá el ferrocarril que unirá el puerto con las provincias argentinas limítrofes, aumente su comercio desfallecido. Quizá el azufre, del cual existen en Oyagüe inagotables solfateras, sea su porvenir.

Incluso se ha pensado convertir a Antofagasta en el único puerto del norte, en desmedro de Iquique y demás puertos del desierto.

La misma suerte han corrido los hermanos menores de

Antofagasta, Taltal y Chañaral, hijos igualmente del azar de las minas y del repentino crecimiento de sus calichales.

Hombres semejantes, hábiles cateadores, mineros vigorosos, industriales audaces, rotos de soberbio empuje, llevaron la prosperidad a esos puertos, hoy en agonía.

Sólo el cobre subsiste de la antigua riqueza y así como Chuquicamata sostiene en parte a Antofagasta, Potrerillos da vida a Chañaral, el último puerto del desierto.

La época heroica, la etapa de conquista, pasó para siempre. Algunas de sus bahías, Cobija y Caleta Oliva, al sur de Antofagasta, han desaparecido.

Paposo, que era el límite entre Chile y Bolivia antes de la guerra del Pacífico, es hoy una aldea conquistada de nuevo por los descendientes de los changos. Veinte pescadores viven donde fondearon veleros y vapores y se hablaron todas las lenguas de la tierra.

El tiempo, juez sin apelación, dictador irónico del destino de hombres y de pueblos, se complace en volver a las épocas primeras las regiones donde la ambición humana llevó su poderío.

El palacio suntuoso, iluminado por la electricidad, es hoy la choza del pescador, a quien alimentó el mar con sus mariscos y peces nunca agotados.

El ritmo precipitado de esa vida ha muerto ya. El aventurero, siempre dispuesto a la acción en todas las edades del mundo, emigró hacia las caucheras del Beni y del Brasil.

Sólo resta el sedentario comerciante, el burócrata oficial, soñoliento ante el mostrador o el escritorio sin clientes y una masa popular que vive de los despojos de la pasada riqueza; pero la vitalidad creadora de la raza chilena no ha muerto. Sólo duerme en espera de nuevas hazañas que realizar en el futuro, cada vez más claro de nuestra tierra.